

PIEGO

Vida Nueva

2.974

30-1/5-2 DE 2015



Visitar
y cuidar
a los
enfermos



JOSÉ RAMÓN AMOR PAN
Doctor en Teología Moral
y especialista en Bioética

En el marco del Año de la Misericordia convocado por el papa Francisco, y siguiendo su invitación a reflexionar sobre las obras de misericordia para que “podamos darnos cuenta de si vivimos o no como discípulos de Jesús”, iremos publicando a lo largo de este Jubileo una serie de Pliegos dedicados a las obras de misericordia. Visitar y cuidar a los enfermos es una de ellas. Próximos también a la Jornada del Enfermo (11 de febrero), el autor propone a nuestra consideración un pequeño ramillete de hombres y mujeres que vivieron hasta la extenuación esta primera obra de misericordia corporal y que han contribuido a forjar su espiritualidad.

Los enfermos, sobre todo los crónicos y los terminales, son personas que, con temor y temblor, han emprendido un viaje. Quieren que alguien les atienda, les consuele, les tome de la mano para afrontar a su lado esta travesía. No es fácil. Hay muchas tinieblas, mucho dolor, mucho desgaste. Quien quiera ser cirineo, tiene que afrontar primero su propia debilidad; y estar dispuesto a llegar hasta el final del camino, sin medias tintas, sin mediocridades.

Cuando alguien me pregunta en qué consiste el cristianismo, siempre pienso en la parábola del buen samaritano (Lc 10, 29-37). Esta es una de las paráboles más provocadoras. ¿Qué soy yo: samaritano o levita?

Como recordó Benedicto XVI en el ángelus del 5 de febrero de 2012, “la liberación de dolencias y enfermedades de todo género constituyó, junto con la predicación, la principal actividad de Jesús en su vida pública”. La atención a los enfermos, a los ancianos y a los discapacitados ha estado presente siempre en la vida de la Iglesia, ocupando un lugar central. Los hospitales nacieron al amparo de las catedrales. La enfermería debe mucho a las Hijas de la Caridad y a los Camilos; la psiquiatría, a san Juan de Dios y san Benito Menni. El movimiento hospice y de cuidados paliativos encuentra también suelo nutricio en el cristianismo.

El otro pasaje evangélico que viene una y otra vez a mi oración, para

tratar de hacerlo vida aun consciente de mis limitaciones, de mi pecado, es el capítulo 25 de san Mateo, que integra dentro de sí la parábola de las diez vírgenes, la parábola de los talentos y el relato del Juicio final. ¿Estoy vigilante? ¿Utilizo diligentemente las capacidades que Dios me ha dado? ¿Reverencio a Cristo en los desvalidos?

Nos resulta fácil consolarnos a nosotros mismos y contestar que sí, porque vamos a misa, rezamos, damos nuestras limosnas a la Iglesia, a Cáritas y a Misiones, porque nuestras manos están limpias (ni robo ni mato). No obstante, la vida no es tan simple, y los hermanos que sufren están ahí, así como mis cobardías, indolencias, indiferencias e hipocresías. No podemos escapar a la palabra del Señor.

Y así como sabemos de memoria los siete sacramentos, también deberíamos poner empeño en aprendernos los siete dones del Espíritu Santo, las siete virtudes capitales (y sus respectivos pecados

La atención a los enfermos y ancianos ha estado presente siempre en la vida de la Iglesia, ocupando un lugar central

capitales) y las catorce obras de misericordia (siete corporales y siete espirituales). Se lo decía en un Pliego anterior (*Vida Nueva*, nº 2.773). Durante demasiado tiempo la memoria ha estado injustamente despreciada en el ámbito catequético, cuando lo cierto es que estas cuestiones hay que saberlas de memoria, porque, en caso contrario, difícilmente van a servir de orientación en el camino de la vida; y tampoco servirán de espejo en el que mirarse para apreciar en qué se ha fallado, inspirar nuestro arrepentimiento y facilitar una saludable recepción del sacramento de la reconciliación. ¡Cuántas personas se sienten pecadoras y quieren confesarse, pero no saben bien cómo realizar su examen de conciencia! Así lo entiende también el papa Francisco en la bula de convocatoria del Jubileo de la Misericordia:

“Es mi vivo deseo que el pueblo cristiano reflexione durante el Jubileo sobre las obras de misericordia corporales y espirituales. Será un modo para despertar nuestra conciencia, muchas veces aletargada ante el drama de la pobreza, y para entrar todavía más en el corazón del Evangelio, donde los pobres son los privilegiados de la misericordia divina. La predicación de Jesús nos presenta estas obras de misericordia para que podamos darnos cuenta de si vivimos o no como discípulos tuyos” (*Misericordiae Vultus*, 15).

Los santos han contribuido como nadie a encarnar el rostro de la misericordia. Ellos son obras de misericordia andantes. He de confesar que una de las cosas que más bien me ha hecho a lo largo de mi vida, sobre todo en los momentos más oscuros y amargos, ha sido la lectura de vidas de santos. Son uno de los instrumentos pastorales más valiosos, y me sorprende el poco aprecio que algunos agentes de pastoral le tienen a este género literario. Por eso, voy a presentar un pequeño ramillete de hombres y mujeres que vivieron hasta la extenuación esta primera obra de misericordia. Ellos nos estimulan con su ejemplo en el camino de la vida y nos ayudan con su intercesión. Son modelos de vida, algo que tanto necesitamos. El criterio de elección

que he seguido es bien sencillo: todos ellos han contribuido a forjar mi espiritualidad.

DAMIÁN DE MOLOKAI

Una de mis primeras lecturas religiosas fue un cómic publicado por la editorial Mundo Negro sobre la figura de este sacerdote belga. No sé qué fue del cómic, lo he buscado en mi biblioteca y no lo encuentro, una verdadera lástima; pero sí sé la huella que dejó en mí. Vendría luego la biografía escrita por **Eduardo Gil de Muro** en 1993 y, finalmente, la película del año 1999, *Molokai: La historia del Padre Damián*.

José de Veuster nació el 3 de enero de 1840 en Tremeloo (Bélgica). Entró en la congregación de los Sagrados Corazones de Jesús y María el 7 de octubre de 1860 y tomó como nombre Damián. Siendo novicio en París, se ofreció para las misiones. En 1864 lo enviaron a las islas Hawái y dos meses más tarde, el 24 de mayo, fue ordenado sacerdote en Honolulu, la capital.

Por aquel entonces se desató en el archipiélago una epidemia de lepra. El pánico cundía por todas partes porque era una enfermedad terrible, para la que no se conocía cura. El rey promulgó un decreto: todos los enfermos serían aislados en la isla de Molokai. Y así fue. Se les llevaba alimentos y algunos abastecimientos más, pero, por lo demás, eran abandonados allí a su suerte.

En 1873, el obispo manifestó su deseo de enviar un sacerdote a Molokai, pero comprendía que quien fuese debería quedarse allí para siempre y casi seguro contraería la enfermedad. El padre Damián se ofreció.

Y allá fue. Sus nuevos feligreses, unas 800 personas, lo esperaban en condiciones de extrema necesidad y desesperación. Solo tenía una modesta capilla de madera, donde su primer acto fue arrodillarse a rezar. Se pasó la noche limpiándola. Con tristeza escuchaba la risa de los borrachos, el llanto de los moribundos, los aullidos de los perros salvajes que devoraban a los muertos. Allí no había ley ni



protección para nadie. Los niños y las mujeres vivían con temor por la frecuente violencia. La gente vivía sin esperanza y sin paz. Aquel lugar era un infierno en la tierra.

Poco a poco, el padre Damián lo transformó con el poder del amor divino en una comunidad de amor y paz. Durante bastantes años estuvo él solo ocupándose tanto de las necesidades espirituales como de las corporales de aquellas gentes. Bajo su supervisión se construyeron una iglesia, un hospital, una enfermería, una escuela, viviendas, etc. Su entrega llena de fe tornó aquel lugar abandonado de todos en una ejemplar comunidad donde se atendía a todos con esmero.

En 1885 contrajo la lepra. Tenía 49 años. La enfermedad no fue obstáculo para seguir al frente de la leprosería. No mucho antes del final de su vida, tuvo el consuelo de la llegada del padre Wendelin y de unas hermanas franciscanas (entre ellas, la beata madre Marianna Cope). El padre Damián murió el 15 de abril de 1889. Fue canonizado por Benedicto XVI el 11 de octubre de 2009. En su homilía, el Santo Padre señaló: "El servidor de la Palabra se convirtió de esta forma en un servidor sufriente, leproso con los leprosos, durante los últimos cuatro años de su vida. Por seguir a Cristo, el padre Damián no solo dejó su patria, sino que también arriesgó la salud".



SAN JUAN DE DIOS

Una de las expresiones más carismáticas de esta primera obra de misericordia se vislumbra en la persona y la obra de san Juan de Dios. Oí hablar de este santo en mi casa, durante mi infancia, pues

mi padre era conductor del Servicio de Bomberos de A Coruña y, como seguramente saben ustedes, san Juan de Dios es desde 1953 el patrono de este cuerpo en España (debido a su heroica participación en el desalojo de los enfermos en el incendio del Hospital Real de Granada, ocurrido en julio de 1549). Pero no será hasta mucho más tarde, en mi etapa madrileña, cuando me adentré en su obra y en su persona a través sobre todo del padre **Miguel Pajares** y de la Fundación Instituto San José.

Juan Ciudad nació en 1495 en la población de Montemor o Novo, de la Diócesis de Évora, en Portugal. En 1503 llega a la ciudad de Oropesa (Toledo), donde trabaja como pastor. Veinte años más tarde se enrola en el ejército de Carlos V en Fuenterrabía. En 1535 regresa a España, lo encontramos en la ciudad de Ceuta trabajando como albañil en las murallas de la ciudad. El año 1538 reside como vendedor de libros en Granada. Será el 20 de enero de 1539 cuando, tras asistir a una misa que celebra san Juan de Ávila en la Ermita de los Mártires en Granada, se convierta. Tiene tan extraordinaria conmoción espiritual que da voces y gritos, lo que le lleva a ser juzgado por loco y a ser recluido en el Hospital Real de Granada. Sale de dicha institución el 16 de mayo.

Juan sufre en propia carne el trato que se da a los locos. En su encierro, toma conciencia de su misión: asume el compromiso de atender a los enfermos, los pobres y todos los necesitados, practicando, a su vez, un intenso apostolado. Funda su primer hospital en la calle Lucena de Granada. Comienza a recibir a pobres y enfermos y a pedir limosnas en la ciudad andaluza para sostenerlo

VISITAR Y CUIDAR A LOS ENFERMOS

y atenderlos con extrema caridad. Se le unen algunos compañeros. Sin embargo, el destino hace que, tras rescatar a un muchacho que se estaba ahogando, sea víctima de una fuerte pulmonía que iba a debilitar gravemente su salud. Muere el 8 de marzo de 1550.

Fue sepultado en la iglesia granadina de los Mínimos. Su fama de santidad se eleva más y más. Fue beatificado el 21 de septiembre de 1630 por Urbano VIII y canonizado por Alejandro VIII el 16 de octubre de 1690. El papa León XIII lo declaró patrono de todos los hospitales y enfermos del mundo, y mandó la inserción de su nombre en las Letanías de los agonizantes. Pío XI lo declaró en 1930 patrono universal de todos los profesionales de enfermería.

Dos son los rasgos de nuestro personaje que quiero destacar. En primer lugar, para san Juan de Dios el hospital es un lugar sagrado, es la Casa de Dios. La Orden ha expresado tradicionalmente el carisma recibido con la palabra "hospitalidad". Este término no solo no ha perdido capacidad expresiva en nuestro tiempo, sino que es propuesto por algunos autores como categoría fundamental de una nueva moralidad para nuestro tiempo (así, por ejemplo, Daniel Innerarity en *Ética de la hospitalidad*, o Francesc Torralba en *Sobre la hospitalidad*). En virtud de la hospitalidad, nos dice Torralba, el extraño es reconocido como persona, como un sujeto de derechos, como un ser dotado de intrínseca dignidad. En segundo lugar, acoger es un acto gozoso. El don de san Juan de Dios era irradiante. Su espíritu se transmitía. Su amor a los pobres y a los enfermos animó a muchos a unirse a su obra de caridad. La gracia de Dios, en efecto, es como un fuego que quema y purifica todo lo que toca.

SAN BENITO MENNI

A pesar de que tienen un centro en Betanzos (A Coruña), el pueblo de mi padre, no fue hasta 1995 cuando conocí a las Hermanas Hospitalarias, la congregación fundada en Ciempozuelos (Madrid) en el año 1881 por este hijo de San Juan de Dios, con la ayuda de María Josefa Recio y María Angustias Giménez. La ocasión la brindó un cursillo organizado en A

El reto es atender integralmente a las personas enfermas. A esta tarea estamos convocados todos. Nadie sobra. Los creyentes no tenemos la exclusiva de esta obra de misericordia

Coruña sobre sexualidad y personas con discapacidad intelectual. Justo resulta rendir aquí un homenaje cariñoso a sor Margarita y a sor Ana María, y, en sus personas, al resto de Hermanas Hospitalarias que la vida ha puesto en mi camino.

Pero volvamos con nuestro hombre. Fue elegido por Dios para dar respuesta a la situación de abandono sanitario y exclusión social de las enfermas mentales, aunando dos criterios fundamentales: caridad y ciencia. Hay que subrayar que en ese tiempo el tradicional abandono de los enfermos y la carencia de una adecuada asistencia sanitaria pública resultaban más llamativos en el caso de los enfermos mentales, de los niños y niñas con malformaciones óseas, escrófulas, tuberculosis y otros padecimientos, reducidos a la marginalidad y abandonados a su propia suerte.

Nació el 11 de marzo de 1841 en Milán (Italia), el quinto de 15 hermanos. Junto al humus familiar, que marca la vida de cualquier hombre, cuatro episodios intervienen en su decisión de hacerse hermano de San Juan de Dios: unos ejercicios espirituales a los 17 años, los consejos de un ermitaño de Milán, su oración diaria ante un cuadro de la Virgen y el ejemplo de los Hermanos de San Juan de Dios atendiendo a los soldados heridos que llegaban a la estación de Milán procedentes de Magenta, servicio que él mismo practicó.

En 1860 ingresó en la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios, cambiando el nombre de Ángel Hércules, impuesto en su bautismo, por el de Benito. Cursó los estudios filosóficos y teológicos en el Seminario de Lodi y en el Colegio Romano (Pontificia Universidad Gregoriana). Fue ordenado sacerdote en 1866. Pío IX le encomendó la

compleja misión de restaurar en España la extinguida Orden Hospitalaria, tarea que inició en 1867.

A su muerte, acaecida en Dinan (Francia) en el año 1914, había creado 22 grandes centros entre asilos, hospitales generales y hospitales psiquiátricos. Sus restos descansan en la casa de Ciempozuelos. El 23 de junio de 1985 fue declarado beato por Juan Pablo II y, el 21 de noviembre de 1999, este mismo Papa lo canonizó.

La radicalidad evangélica ocasiona siempre problemas a quien intenta vivirla. Y en no pocas ocasiones los enemigos no provienen de fuera, sino del interior de la propia Iglesia a la que uno pertenece, a la que uno ama, a la que uno intenta servir de la mejor manera posible. Los enemigos suelen ser personajes más bien mediocres, de escasísima talla moral, movidos casi siempre por la envidia y los celos. Es lo que le pasó a nuestro personaje, que hubo de defender su honorabilidad hasta en tres ocasiones, dos ante la Santa Sede y otra ante los tribunales penales de Madrid. San Benito Menni sale airoso de los tres procesos y, a pesar de todas estas calumnias, a pesar de las mil barbaridades lanzadas contra él, perdona, no desespera y sigue trabajando.

SANTA TERESA JORNET Y DON SATURNINO LÓPEZ NOVOA

En la misa de canonización de Teresa Jornet, Pablo VI afirmó: "La niña de Aytona y Lérida, la estudiante y maestra de Fraga y Argensola, a la búsqueda de su vocación entre las Terciarias Carmelitas y las Clarisas de Briviesca, deja el paso a la religiosa gallarda y sencilla que, mientras cubre distancias y recorre las ciudades más diversas, sabe conservar el secreto de su dinamismo: la unión con Dios. Alma que amaba pasar desapercibida, pero que no por ello dejaba de marcar con

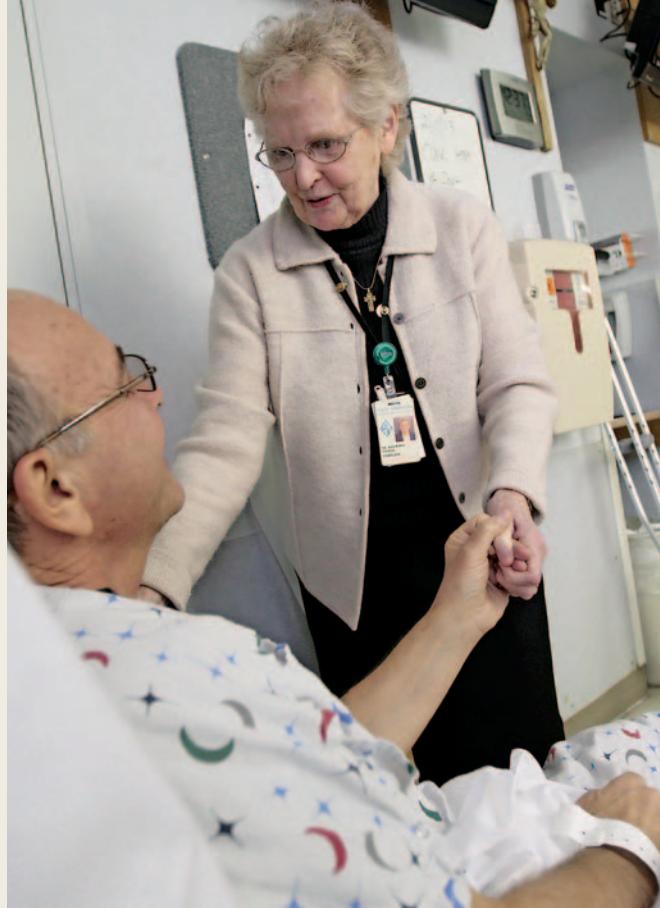


su huella personal, recia y dulce al mismo tiempo, las bases mismas de su incipiente obra. Ella supo guiar, desde sus primeros pasos, el nuevo Instituto, desde Barbastro a Valencia y Zaragoza, extendiéndolo después –en un incansable afán caritativo– por buena parte de la geografía española y que más tarde se trasplantaría a América. Teresa Jornet tuvo algo, misterioso si se quiere, que nos atrae. A su lado se siente esa presencia inefable de la Vida que la sostuvo y la alentó en sus afanes de consagración a Dios y al prójimo, orientándola hacia la senda concreta de la caridad asistencial”.

Don Saturnino López Novoa (1830-1905), maestro de capilla de la catedral de Huesca, fue quien, conmovido ante el estado de abandono y de miseria al que estaban reducidos tantos pobres en su ancianidad, proyectó una congregación de religiosas que se dedicara a su asistencia espiritual y material. Una idea que puso en marcha con la ayuda de Teresa Jornet (1843-1897).

Aunque las primeras Hermanitas de los Ancianos Desamparados comenzaron su andadura el 4 de octubre de 1872 (fecha de inicio de la vida comunitaria) en Barbastro (Huesca), en una casa alquilada, la congregación nació oficialmente el 27 de enero de 1873, día en el que las primeras jóvenes recibieron el hábito en la capilla del seminario de dicha localidad. Pronto abandonarán Barbastro y será en Valencia en donde se abrirá la primera residencia de ancianos, la que desde entonces es considerada como casa madre.

Ninguna fecha más propicia para la inauguración oficial de dicha casa que el domingo 11 de mayo, festividad de Nuestra Señora de los Desamparados, patrona de Valencia, bajo cuyo amparo y protección se pondrá la nueva congregación. Las Hermanitas están organizadas para un mejor gobierno en diez provincias



Para alguien como san Juan de Dios, el hospital es un lugar sagrado, y acoger a los pobres y enfermos es un acto gozoso

canónicas y, además, de la casa madre dependen directamente doce casas (cuatro en Valencia, una en Alemania, tres en Italia, dos en Mozambique y dos en Filipinas). El total de casas de la congregación es de 205, con más de 2.100 religiosas.

En la misa de canonización de la fundadora, decía Pablo VI unas palabras que conservan todo su frescor: “Hoy más que nunca, en esta época de gigantescos progresos, estamos asistiendo al drama humano, a veces desolador, de tantas personas llegadas al umbral de la tercera edad y que ven aparecer a su alrededor las densas nieblas de la pobreza material o de la indiferencia, del abandono, de la soledad. Nadie mejor que vosotras, amadísimas hijas, Hermanitas de los Ancianos Desamparados, conoce lo que ocultan los pliegues recónditos de tan triste realidad. Vosotras habéis sido y sois las confidentes de esa especie de vacío interior que no pueden llenar, ni siquiera con la abundancia de recursos materiales,

quienes están desprovistos y necesitados de afecto humano, de calor familiar. Vosotras habéis devuelto al rostro angustiado de personas venerables por su ancianidad, la serenidad y la alegría de experimentar de nuevo los beneficios de un hogar. Vosotras habéis sido elegidas por Dios para reiterar ante el mundo la dimensión sagrada de la vida, para repetir a la sociedad con vuestro trabajo, inspirado en el espíritu del Evangelio y no en meros cálculos de eficiencia o comodidad humanas, que el hombre nunca puede considerarse bajo el prisma exclusivo de un instrumento rentable o de un árido utilitarismo, sino que es entitativamente sagrado por ser Hijo de Dios y merece siempre todos los desvelos por estar predestinado a un destino eterno”.

Ahí encuentran estas mujeres su realización humana y religiosa, su felicidad personal. Por eso, la santa madre fundadora

les repetía una y otra vez: “Dios en el corazón, la eternidad en la cabeza, el mundo bajo los pies”.

La mediocridad no iba con santa Teresa Jornet: “Si no se sienten con fuerza para cumplirlas [las Constituciones], vuélvanse a sus casas, tanto las profesas como las novicias; más deseo veinte hermanas buenas que cien mediocres, que no tengan verdadera vocación; porque de lo contrario irán arrastrando toda su vida y no alcanzarán jamás a ser verdaderas religiosas”. Recordando la parábola de los talentos, afirma: “A ver si cuando llegue Jesucristo a juzgarnos, podemos decirle: ‘Señor, un talento me has entregado, con tu gracia cooperé a él y aquí te entrego los otros que he adquirido’”. En otro lugar dice: “Ya que estamos consagradas al servicio del Señor y venimos a su santa Casa para ser religiosas, no nos contentemos con serlo solo de nombre; hagamos por que las obras lo acrediten. De este modo, llenaremos los deseos

VISITAR Y CUIDAR A LOS ENFERMOS

del Sagratísimo Corazón de Jesús, que a todas nos quiere santas".

Por su parte, don Saturnino, sin negar que en su tiempo hay hermosos rasgos de caridad individual, afirma: "La palabra ya no tiene fuerza, porque se ha abusado de ella en extremo. Tampoco es bastante la misma inteligencia... Es preciso que el corazón tome parte, porque a él solo es dado ver frente a frente los obstáculos y no retroceder. Por otra parte, la inteligencia está muy desacreditada, se ha engañado muchas veces y con frecuencia se ha puesto a las órdenes del error. Es necesario ir en derechura al corazón, con ayuda del buen sentido y apoderarse de él, en la seguridad de que la razón recibirá luego su impulso. He aquí el medio más seguro para salvar a la sociedad". Toda una moderna ética de la razón cordial.

SAN CAMILO

Una persona: José Carlos Bermejo. Y una institución pionera en nuestro país: el Centro de Humanización de la Salud. Así conocí a los Ministros de los Enfermos, la orden fundada por Camilo de Lellis el 8 de septiembre de 1582. En la actualidad los religiosos camilos están presentes en los cinco continentes y trabajan en proporcionar cuidados asistenciales y en la pastoral de la salud. En España podemos encontrarles en Barcelona, Sant Pere de Ribes (Barcelona), Valencia, Sevilla y

Tres Cantos (Madrid). Su carisma: "Cuidar y enseñar a cuidar".

Su deseo es que los enfermos de todo el mundo sean atendidos en la globalidad de su ser, y se empeñan en la humanización de los servicios asistenciales y sanitarios para que los cuidadores pongan –como repetía san Camilo– "más corazón en las manos". Estas fueron las primeras palabras que conocí de san Camilo. Luego me enteré también de que sus dos textos bíblicos favoritos eran "estuve enfermo y me visitasteis" y la parábola del buen samaritano.

Nuestro hombre nació en Abruzos (Italia) en 1550. Siguió la carrera militar, igual que su padre. Le apareció una llaga en un pie, que lo obligó a dejar el ejército e irse al Hospital de Santiago en Roma para que lo curaran. En el hospital se dedicó a ayudar y atender a otros enfermos, mientras buscaba su propia curación. Pero en esa época adquirió el vicio del juego. Fue expulsado del hospital y en Nápoles perdió todos los ahorros de su vida en el juego, quedando en la miseria.

Tiempo atrás, en un naufragio, había hecho a Dios la promesa de hacerse religioso franciscano, pero no lo había cumplido. Estando en la más completa pobreza, se ofreció como obrero y mensajero en un convento de los capuchinos, donde escuchó una charla espiritual que el superior daba a los obreros, y sintió fuertemente la llamada de Dios a su conversión. Empezó a llorar y pidió

perdón por sus pecados, con la firme resolución de cambiar por completo su forma de actuar. Tenía 25 años.

Pidió ser admitido como franciscano, pero en el convento se le abrió de nuevo la llaga en el pie y fue despedido. Se fue al hospital y se curó, y logró que lo admitieran como aspirante a capuchino. Pero en el noviciado apareció de nuevo la llaga y tuvo que irse. De nuevo en el Hospital de Santiago, se dedicó a atender a los demás enfermos, por lo que fue nombrado asistente general del hospital. Dirigido espiritualmente por san Felipe Neri, estudió teología y fue ordenado sacerdote en 1584. Como su casa y su seminario habían sido el Hospital de Santiago de los Incurables, la primera misa la celebró en su capilla.

San Camilo trataba a cada enfermo como trataría a Nuestro Señor Jesucristo en persona. Aunque tuvo que soportar durante 36 años la llaga de su pie, nadie lo veía triste o malhumorado. Murió el 14 de julio de 1614, a los 64 años. Benedicto XIV lo proclamó santo el año 1746.

El don recibido por san Camilo no se agota con el testimonio de la misericordia de Cristo hacia los enfermos y los moribundos. Tuvo la preocupación de enseñar a otros el modo de mejorar su presencia al lado de las personas que sufren. No cesaba de enseñar y exhortar a todos a realizar el servicio de asistencia "con toda perfección". De esta manera, comenzó a crear una verdadera escuela de enfermería, con precisas reglas asistenciales y un detallado código de hospital. La enseñanza que proponía podríamos definirla como una enseñanza integral, porque incluía saber (conocimientos científicos), saber hacer (habilidades técnicas) y saber ser (actitudes, valores), uniendo las manos que curan y el corazón que ama, la competencia profesional y el amor. Impresionante.

SANTA MARÍA SOLEDAD TORRES ACOSTA

La influencia de esta santa me llegó por la lectura de la biografía que escribió José

María Javierre, con prólogo de Pedro Laín Entralgo. El insigne médico escribe: "Dura soledad la del enfermo. El dolor físico le clava



la atención en su propio cuerpo y le hace penosa y difícil, cuando no enteramente imposible, la comunicación con los demás (...). El dolor moral, la aflicción de padecer su enfermedad, le plantea a él, solo a él, el problema del sentido que para él, para su persona, esa aflicción tiene; y sea cualquiera la respuesta –en unos, la resignación y el ofrecimiento; en otros, la desesperación y la rebeldía–, a través de su propia soledad tiene que alcanzarla. Dura soledad la del enfermo. Por eso es necesaria tal sobreabundancia de amor para asistirle eficazmente, para romper desde fuera esa doble muralla y prestarle compañía real”.

Madre Soledad, fundadora de las Hermanas Siervas de María, Ministras de los Enfermos, nació el 2 de diciembre de 1826 en Madrid. En esta misma ciudad falleció el 11 de octubre de 1887. Fue beatificada por Pío XII el 5 de febrero de 1950 y canonizada por Pablo VI el 25 de enero de 1970.

Veamos cómo fue la historia. El párroco de Chamberí, un barrio pobre de Madrid, se entristecía al ver que muchos enfermos morían en el más completo abandono y sin recibir los santos sacramentos. Pensó en reunir a un grupo de mujeres piadosas que visitaran a los enfermos en sus domicilios y les ayudaran a bien morir. Al enterarse Soledad Torres de este deseo del párroco, se presentó a él para ofrecerse a ayudarle en tan caritativa misión de misericordia. Ella desde niña había asistido a varios moribundos y sentía un gusto especial en ello. Era una gracia que le había concedido el Espíritu Santo.

Al ver que era débil y enfermiza, el sacerdote no la aceptó en una primera entrevista, pero después se dio cuenta de que María Soledad tenía un alma muy especial. Con ella y seis compañeras más fundó, el 15 de agosto de 1851, la comunidad de Siervas de María o Ministras de los Enfermos, cuyo carisma es la asistencia prestada a los enfermos en su domicilio familiar, sobre todo por las noches.

De la homilía de Pablo VI en la ceremonia de su canonización, vale la pena recordar estas palabras: “He aquí el descubrimiento de un campo nuevo para el ejercicio de la caridad, he aquí el programa de almas totalmente consagradas a la visita del prójimo



que sufre. No es el próximo que sufre quien va en busca de alguien que lo asista y lo cuide; no es él quien se deja trasladar a los lugares e instituciones donde el infeliz es recibido y rodeado de atenciones sanitarias sabia y científicamente predispuestas; es el ángel de la caridad, la Sierva voluntaria, quien va en busca de él, a su casa, al hogar de sus afectos y de sus costumbres, donde la enfermedad no lo ha privado del último bien que le queda: su individualidad y su libertad. No es todo esto una simple finura de la caridad; es un método que indica una penetración aguda tanto de la naturaleza propia de la caridad, que es la de buscar el bien de los demás, como de la naturaleza del corazón humano, celoso de la propia sensibilidad y de la propia personalidad aun cuando recibe. En todo ello hay un rasgo de sabiduría social, que precede las formas técnicas y científicas de la asistencia sanitaria moderna y que, por ser gratuitamente dada a cualquiera que tenga para pedirla el título del dolor y de la necesidad, nos demuestra, una vez más, la

**El creyente hace
del acto de atender
al enfermo un acto
de amor a Dios,
que le devuelve
el ciento por uno**

originalidad incomparable de la caridad evangélica. María Soledad se hace precursora y maestra de la más consumada solicitud asistencial y sanitaria de nuestro humanismo social”. Ni más ni menos; ¿qué son, si no, las modernas unidades de hospitalización a domicilio?

PASTORAL DE LA SALUD

¡Brava cosa la santidad! Ya lo afirmó Pablo VI: “El hombre contemporáneo cree más a los testigos que a los maestros”. De ahí que fray Ejemplo, del que hablaba san Francisco de Asís, sea el mejor predicador. Lo que edifica es el testimonio, ofrecer la propia vida como reflejo de la fe que la fundamenta. Con las figuras de los santos tenemos un potencial educativo y evangelizador muy potente.

En 1985, Juan Pablo II instituyó la Pontificia Comisión para la Pastoral de los Agentes Sanitarios. De similar modo, en todas las diócesis funciona una delegación con idénticos fines y ámbito de actuación. Juan Pablo II instituyó en 1992 la Jornada Mundial del Enfermo, que se celebra –como sabéis– cada 11 de febrero, fiesta de la Virgen de Lourdes.

La Pastoral de la Salud trata de establecer, en el itinerario del sufrimiento, alianzas solidarias y sanadoras con los enfermos, sus familias y los profesionales de la salud, desarrollando actitudes de servicio, honestidad y competencia, intentando ser prójimo de los hermanos que sufren, mediante el respeto, la cercanía, la comprensión, la aceptación, la

VISITAR Y CUIDAR A LOS ENFERMOS

ternura, la compasión y la gratuidad. *Stabat Mater Dolorosa, iuxta crucem lacrimosa...* (La Madre Dolorosa estaba junto a la cruz y lloraba...).

El reto es atender integralmente a las personas enfermas. A esta tarea estamos convocados todos, creyentes y no creyentes. Nadie sobra. Cuidado con la arrogancia. Los creyentes no tenemos la exclusiva de esta obra de misericordia. Hay un tiempo para cada cosa y hay una persona para cada tarea. Formación, coordinación, humildad, disponibilidad, ternura.

En el caso de los creyentes, la clave –naturalmente– es que estamos ahí en nombre de Dios y, al mismo tiempo, hacemos del acto de atender al enfermo un acto de amor a Dios, de culto, de veneración. El enfermo y Dios nos devuelven ese acto de amor multiplicado al ciento por uno. Se lo puedo asegurar en primera persona.

En el plano religioso, como señala Sheila Cassidy en un libro que –aunque ya tiene sus años– les recomiendo (*Compartir las tinieblas*), el don que quizá sea más importante

es la visión pascual, es decir, la capacidad de ver conjuntamente la dura realidad del sufrimiento y la asombrosa afirmación de la resurrección, de la vida después de la muerte. En lo más profundo de uno mismo se debe estar convencido de que la muerte es el comienzo, no el final. De este concepto de la muerte como nacimiento surge la imagen de la persona que se ocupa de los enfermos crónicos y terminales como comadrona. Si la muerte es en realidad el nacimiento a una nueva vida, entonces la persona que cuida al moribundo es como si atendiera a la mujer que está de parto, consolándola, alentándola, posibilitando que la nueva vida surja de la vieja.

CONVERSACIONES DIFÍCILES

Me horroriza cada vez más la conspiración del silencio. Aparte de contravenir la ley y los más elementales postulados morales, se le hace un gran daño al paciente, que tiene necesidad de saber, necesidad de hablar, necesidad de compartir miedos, inseguridades, amarguras y ansiedades.

Algunos autores denominan conversaciones sensibles, de punto crítico o conversaciones difíciles aquellas en las que el médico plantea una decisión compartida por la que se reorientan las medidas con intención de dejar de luchar para ganar tiempo y empezar a luchar por otras cosas que la gente valora. No pocos de estos autores denuncian que la falta de entrenamiento y actitud por parte de los médicos hace que estas conversaciones difíciles se retrase a momentos de enfermedad muy avanzada y debilitante. También quienes hacemos pastoral de la salud tenemos que entrenarnos para estas conversaciones difíciles.

Termino por donde empecé: somos sanadores heridos. Sheila Cassidy escribe: “Poco a poco, a medida que pasan los años, voy aprendiendo la importancia de la impotencia. La he experimentado en mi propia vida y convivo con ella en mi trabajo. El secreto consiste en no tenerle miedo, en no huir de ella. Los moribundos saben que no somos Dios”. La lección, para mí y para todos nosotros, es la aceptación de la Cruz como vía para la Resurrección. ●



El buen samaritano (1880), obra del pintor francés Aimé Nicolas Morot (1850-1913)